

Aura: la novela de la transustanciación

Mis estudiantes de la UASD siempre leyeron conmigo la novela *Aura*, del escritor mexicano Carlos Fuentes. Algunos de ellos recordarán que siempre les dije que *Aura* era una “pequeña obra cerrada”, rigurosamente construida con una perfección casi de filigrana, en la cual cada palabra es pensada, dibujada, esculpida, hecha y deshecha, labrada en el claroscuro y la atmósfera neblinosa, el sopor y el sueño. Poco me faltaba para que les dijera que constituía uno de esos escasos ejemplos de obra perfecta en la historia de la literatura universal. Y, en efecto, creo que lo es. Pero en lo que siempre naufragábamos era en explicar ese fenómeno de transustanciación que se desliza en la narración, y que el lector percibe por momentos, pero que inmediatamente esa partitura de la razón inmanente que todos poseemos nos impedía aceptar.

Andrés L. Mateo

Escritor, novelista, poeta, educador, crítico literario, ensayista, investigador y filósofo. Ganador del Premio Nacional de Literatura 2004, el más importante galardón de las letras nacionales. Estudió Filología en la Universidad de La Habana. Actualmente es decano de Estudios Generales, de la Universidad APEC. En su producción literaria se destacan las novelas *Pisar los dedos de Dios*, 1979; *La otra Penélope*, 1982; *La balada de Alfonsina Bairán*, 1992; y *El violín de la adúltera*, 2007. Y los libros de ensayos y artículos *Mito y cultura en la era de Trujillo*, *Al filo de la dominicanidad*, *Pedro Henríquez Ureña: errancia y creación*, *El habla de los historiadores y otros ensayos*, *Manifiestos literarios de la República Dominicana* y *Las palabras perdidas*.

¿Qué es la transustanciación?

La transustanciación es el acto de convertir una sustancia en otra. El diccionario de la Real Academia dice: "Conversión de las sustancias del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo". En esencia, es un acto en el cual uno o más elementos se transustancian transformándose en otro. Cuando el sacerdote levanta la hostia siempre dice: "He aquí el cuerpo de Cristo". Todos los elementos se han transustanciados y son, ahora, el cuerpo de Cristo.

Éste es el primer elemento enigmático de esta novela, porque se liga a los muchos otros misterios que van a aparecer, pero dificulta la identificación del Yo con alguno de los personajes. La novela es narrada en segunda persona, factor esencial en la atmósfera de misterio, y rasgo a rasgo los personajes se van fundiendo en la transustanciación de manera inexorable.

La narración comienza cuando Felipe Montero lee el anuncio publicado ese día en la prensa. Recuerdo que toda la narración en esta novela se desarrolla en segunda persona, lo que obliga a situar al personaje narrador, estilísticamente, fuera del relato.

Lees ese anuncio: una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más. Distraído, dejas que la ceniza del cigarro caiga dentro de la taza de té que has estado bebiendo en este

cafetín sucio y barato. Tú releerás, se solicita historiador joven. Ordenado. Escrupuloso. Conocedor de la lengua francesa. Conocimiento perfecto, coloquial. Capaz de desempeñar labores de secretario.

Por los detalles, el anuncio parece estar dirigido a él, Felipe Montero; está hecho a su medida, es a él a quien describe. Pero será al día siguiente, cuando vuelva a ver el anuncio publicado en el mismo diario, que decidirá ir a la calle Donceles 815.

El primer referente de misterio en la novela es el hecho de que alguien pueda vivir en la calle Donceles, que es un conglomerado de viejos palacios coloniales convertidos en comercios populares. Felipe Montero mira hacia una ventana y alguien se retira apresurado, toca la puerta con una manija que tiene una cabeza de perro e imaginas que el perro le sonríe, cuando cierra el zaguán detrás de sí la oscuridad lo ciega e intenta encender un fósforo, escucha una voz que le dice: "No... no es necesario. Le ruego. Camine trece pasos hacia el frente y encontrará la escalera a su derecha". Repito: son trece pasos. Entonces entra en aquella casa de la que nunca saldrá, y comienza toda la trama de la transustanciación.

Aquí quiero señalar una novedad en lo que era antes mi apreciación en las aulas universitarias: la luz es un personaje en esta novela, más que la oscuridad que suele dominar los planos de la descripción; porque es la luz

la que permite siempre ver los contornos que se dibujan y desaparecen. La oscuridad es predominante, es cierto, pero sin los fulgurazos de luz no le podríamos arrancar al misterio los guiños con los que se teje lo increíble del relato. Por ejemplo, cuando Felipe Montero entra al fin a la habitación casi no puede ver a la vieja que yace en la cama. "Lograrás verla cuando des la espalda a ese firmamento de luces devotas", dice el personaje narrador, desde la segunda persona. Pero cuando la ve y le extiende la mano lo que toca es al conejo, que el personaje narrador describe así: "Y te ofrece sus ojos rojos; sonrías y acaricias al conejo que yace al lado de la mano que, por fin, toca la tuya con unos dedos sin temperatura que se detienen largo tiempo sobre tu palma húmeda, la voltean y acercan tus dedos abiertos a la almohada de encajes que tocas para alejar tu mano de la otra".

He dicho más de una vez que Aura está narrada en segunda persona (Tú), y en el marco de lo narrado se nos presenta como una voz imperativa. La primera transustanciación que nos impone esa voz imperativa es la de Aura y la coneja (porque más adelante sabremos que no es un conejo, sino una coneja, y que se llama Saga). Aura es la coneja. Se transforma constante en ella, tanto en acto como en un hecho referido. Si el lector se percata, Aura desaparece entre lo oscuro cuando Felipe Montero entra a la habitación, y de ahí mismo sale la coneja.

Vuelvo a recordar que muchas cosas en esta novela hay que atraparlas en el vaivén entre oscuridad y luz. Por eso cuando Montero le extiende la mano a la vieja, lo que finalmente toca es a la coneja. Para ir acondicionando a quienes me oyen desarrollar este tema de la transustanciación, quisiera decir que para leer esta novela tienen que desarrollar la conciencia de la duplicidad. Aura es la coneja, pero nos queda por saber quién es Felipe Montero ya preso en la vuelta de su destino; y quién es Consuelo, la viuda Llorente, que ha logrado atrapar a este joven historiador poniendo un anuncio en la prensa.

Felipe Montero ha sido contratado para redactar la historia de un militar mexicano asociado al imperio de Maximiliano, y su trabajo consistirá en ordenar las memorias de este hombre que la viuda ha guardado con una dedicación encomiable. Hay prisa, la viuda del general Llorente siente que le faltan las fuerzas, y apura al joven historiador. En la medida que avanza en la lectura de los manuscritos amarillentos del general, va descubriendo que el general Llorente es el doble de sí mismo. Por alguna fuerza sobrenatural en la figura del historiador Montero, quien regresa transustanciado es el general Llorente. Esta novela es un tejido sorprendente de acontecimientos mágicos, de brujería, de plantas narcóticas y medicinales, de jardines de ensueños y gatos sacrificados en un aquelarre satánico. Pero

todo se afirma y se niega en ella. Por eso, aunque Felipe Montero se va encontrando a sí mismo en los papeles amarillentos del general Llorente, todavía no es propicio el desenlace total de la transustanciación.

La clave está en los personajes de Aura y Felipe Montero, quienes al final son, en verdad, quienes presagian y justifican toda la atmósfera sobrenatural que asumirá el desenlace. La narración va estableciendo una dependencia mecánica entre Aura y la vieja Consuelo: "Recuerda a Aura minutos antes, inanimada, embrutecida por el terror: incapaz de hablar enfrente de la tirana, moviendo los labios en silencio. Como si en silencio te implorara su libertad, prisionera al grado de imitar todos los movimientos de la señora Consuelo, como si sólo lo que hiciera la vieja le fuese permitido imitar".

Antes, la ha descrito de la siguiente manera: "Lo preguntaría si, de repente, no te sorprendiera que Aura, hasta ese momento, no hubiese abierto la boca y comiese con esa fatalidad mecánica, como si esperara un impulso ajeno a ella para tomar la cuchara, el cuchillo, partir los riñones y llevárselos a la boca". Las pinceladas fijan a Aura como un ser que requiere de un impulso ajeno para hablar. Es más, ni siquiera habla. En la escena en que hacen el amor, antes del final espectacular que culminará la transustanciación, el personaje narrador dice: "Alargas tus propias manos para encontrar el otro

cuerpo, desnudo, que entonces agitará levemente el llavín que tú reconoces, y con él a la mujer que se recuesta encima de ti, te besa, te recorre el cuerpo entero con besos. No puedes verla en la oscuridad de la noche sin estrellas, pero hueles en su pelo el perfume de las plantas del patio, sientes en sus brazos la piel más suave y ansiosa, tocas en sus senos la flor entrelazada de las venas sensibles, vuelves a besarla y no le pides palabras".

Para reforzar el ambiente mágico en la cita precedente hay dos elementos que destacar: primero, que él nunca logra verla a la cara. Ahorita hablaba de la luz como un personaje y ahora es su ausencia la que despliega el detalle. Lo segundo es que Aura no habla, él mismo lo dice: "No le pides palabra". Pero cuando terminan de hacer el amor entonces ella sí habla, y lo que dice es una pista contundente de la transustanciación: "Eres mi esposo" –le dice– y él, Felipe Montero, asiente. En esa brevísima confesión está toda la clave de la transustanciación de los personajes.

Aura no es Aura, sino el fantasma de la propia Consuelo, la viuda del general Llorente, que regresa del pasado en la figura de Aura y recupera el vigor perdido. Quizás sólo exista en la imaginación, en el estado narcótico de la brujería, o de la toma de la

pócima de todas las flores medicinales que adornan su jardín. Pero el caso es que la transustanciación las convierte en una sola persona. Felipe Montero no es Felipe Montero sino el general Llorente, quien ha regresado para consumir el mito de la eterna juventud. Este es el punto en el que esta novela entreteje los hilos conductores del relato, hasta la escena final que marca el desenlace inesperado, y es el lector quien tiene que develar este vertiginoso esfumato entre lo imaginario y lo real que parece desbordarlo.

Aura se ha ido. Lo que queda entre sus brazos es el despojo del tiempo que es Consuelo. Pero ella lo conmina: "Tú has regresado también" –le dice–. Y lo estimula, además, pidiéndole su complicidad: "La traeremos juntos. Deja que recupere fuerzas y la haré regresar". Todo ha quedado claro: Aura es consuelo transustanciada. Aura es también la coneja y es Consuelo. Felipe montero es Llorente consustanciado, que regresa a reconstruir su memoria. Seres escindidos y transfundidos, arrojados contra el anhelo de dominar la inexorable realidad del tiempo.

